

La melancolía del intento

La melancolía de los feos

MARIO MENDOZA

Planeta, Bogotá, 2016, 241 pp., il.

UNA ADVERTENCIA: hay que sospechar cuando un autor es más conocido que su obra, y no al revés, cuando la obra es más conocida que el autor. ¿Hay alguien en Colombia —con tan solo un somero panorama del acervo literario— que ignore quién es Mario Mendoza? De verdad, lo dudo: sus libros se venden bastante bien, sus entrevistas se comparten en las redes; se le suele invitar a inaugurar o clausurar eventos; sus intervenciones tienen notable asistencia de público. En un país cuyo promedio de lectura es precario, un escritor como el bogotano sobresale. Se trata de un autor que incentiva la lectura y, de alguna manera, la facilita. Aplausos.

Los personajes de Mendoza contribuyen a la acogida por parte de ciertos lectores: son frenéticos, fracasados, marginales, derrotados, suicidas, drogadictos, extremistas. Lo cual hace parte de los conceptos abordados en *La melancolía de los feos*, novela que narra el encuentro, desencuentro y reencuentro entre un psiquiatra, León Soler, y un feo, enano y deforme que dice leer mucho, Alfonso Rivas.

Un día cualquiera. Transcurre tedioso y monótono para el psiquiatra solterón: se ha dedicado mucho tiempo a sus estudios profesionales, su vida social es inexistente. Y entonces a su consultorio llega una carta: la de su antiguo amigo Rivas; las confesiones que encuentra en la epístola hacen como Soler decida buscar a su colega. Y es así, entre abruptos ires y venires, como se desarrolla el entramado de una novela lánguida en su forma y excesivamente deslumbrante en su contenido.

Digo deslumbrante, porque los personajes de Mendoza son profusos en desgracias —baste pensar en las historias de Rivas, Soler, Fanny, Anna y toda esa galería de seres desdichados—, son complejos, son problemáticos. Lo cuestionable es que carecen de matices, de profundidad y de incongruencias existenciales.

Personajes problemáticos, pero no problematizados. Pues si hay un yerro es que la narración dice, pero no insinúa; en las cartas de Rivas hay muchas explicaciones, pero no los elementos que le hagan sentir al lector dichos infortunios.

La sensación es que los encuentros entre los personajes o las concatenaciones entre uno y otro hecho ocurren porque sí, por azar, por inercia. No es sino reparar la forma en que Soler se topa con Fanny, con la prostituta Claudia, con el muchacho de la tribu nómada. Y las inverosímiles vicisitudes de Rivas, que pasa de muchacho retraído a galán drogadicto, de hombre rehabilitado a verdugo, de feo y tímido a irresistible dandy, que enamora no más se habla con él: “Me separé de ella no porque la hubiera dejado de querer. Todavía la quiero y su recuerdo me hace daño. La dejé porque se enamoró de mí hasta el punto de querer casarse y tener una familia conmigo” (p. 219).

La estética *underclass* me hace recordar “El cobrador”, ese cuento de Rubem Fonseca en que el protagonista cobra venganza por el maltrato que ha recibido de la sociedad. Condición similar a la de Alfonso Rivas —hijo no deseado, de madre esquizofrénica, con un tío que oculta su homosexualismo, y una abuela que de niño lo escondió del mundo—, con la diferencia de que el individuo retratado por Fonseca es descarnado, crudo e inclemente, y por lo mismo es exonerado de cursilerías y fruslerías, como la contada por Rivas en ese tropiezo con la primera hetaira con la que se acostó:

—No pensé que me estimaras tanto —le confesé a bocajarro.

—¿Crees que porque trabajaba en ese sitio no tengo sentimientos? —dijo ella, ofendida por mi comentario. (p. 127)

El personaje cautiva por su inteligencia, se jacta de ella, se cree superior. Lo curioso es que uno encuentra clichés y prejuicios que no van con el perfil de alguien culto:

No sé si lo sabes por experiencia propia o no, pero en un burdel no puedes decir la verdad (...). No, tienes que inventarte un personaje y jugar un rol distinto donde condimentas tu vida con ciertas *especies* que a las mujeres siempre

les encanta: dinero, respetabilidad, educación, buen gusto, humor, y, si puedes inventarte un poco de éxito, la receta funcionará a la perfección. (p. 110)

Uno podría valorar el intento de dar una doble condición a sus protagonistas: la del herido que busca herir, la del que se encierra y escapa. En *La melancolía de los feos* las historias están revestidas de intensidad, pero es la flaqueza de su desarrollo lo que fatiga, o esa inverosimilitud en algunos pasajes; verbigracia, la confesión que el tío de Rivas hace cuando este le inquiera sobre el violador de su madre: “Apenas nos enteramos de lo sucedido, pusimos las demandas correspondientes, pero el padre del joven, que era un senador prestante, contrató a una oficina de abogados y destrozaron y avergonzaron en un juicio a mi hermana” (p. 204). Ante lo cual se pregunta uno: ¿qué hace el hijo de un parlamentario viviendo en una pensión como la de la familia de Rivas? (“Nos decían la familia Adams por la extrañeza de sus miembros”, p. 17).

Empecé diciendo que Mendoza incentiva la lectura y de alguna forma la facilita. Creo que esta novela es un ejemplo nítido de ello. Con lo dicho hasta el momento, es difícil dudar de la condescendencia del autor con el lector, y de ese prototipo al cual se dirige su apuesta. Supongo que hay de todos los gustos. Pero en esta novela existe una melancólica tendencia a hacer retratos a la par de autores que, a diferencia de Mendoza, agudizan los problemas de los personajes (Cheever, Franzen), acentúan sus conflictos personales (Kawabata), crean identidades colectivas (Kenzaburo Oé), o hacen representaciones crudas y reales de seres marginados (Ribeyro, Fonseca, C. McCarthy), sin detenerse a pensar en un prototipo de lector, sino en lo realmente importante: la literatura.

Jair Villano